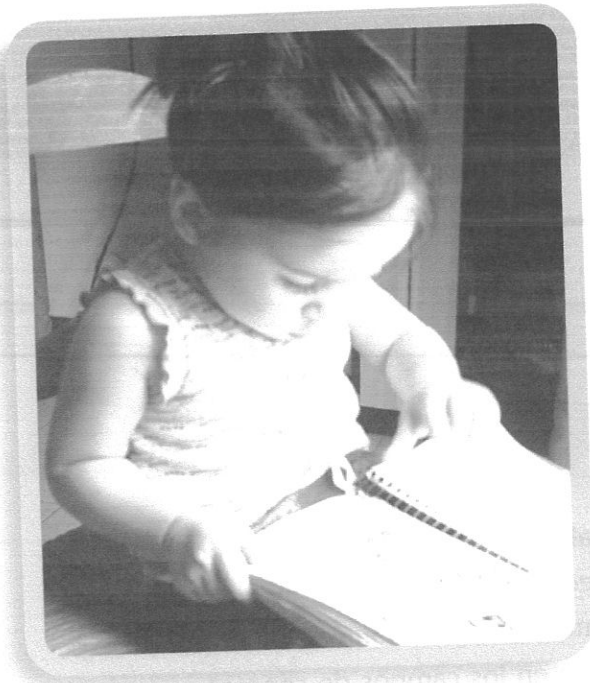


# "Había una vez"

Programa de Formación para maestros

Encuentro No. 1. El papel del mediador en la formación de lectores.

Teresa Colomer

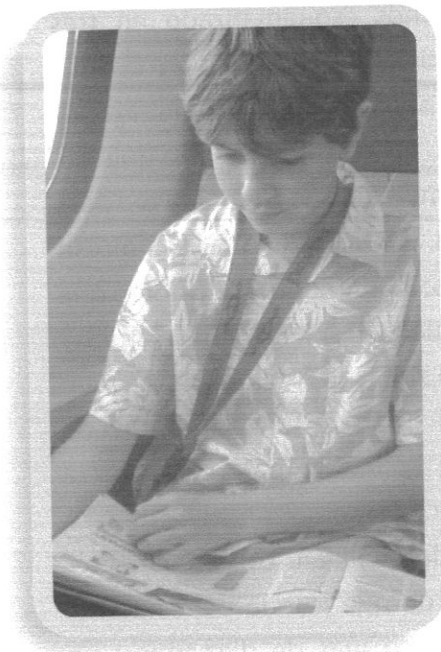


Ciertamente no es ningún secreto que vivimos inmersos en la narración de historias. La televisión, el cine o las personas las explican con mucha frecuencia y todo el mundo suele interesarse, opinar al respecto o preguntar "¿y cómo acabó?". También sentimos o utilizamos con frecuencia juegos de palabras, repeticiones de sonidos, canciones o imágenes verbales. Nos producen un efecto estético y gratuito que nos hace escuchar con atención, intervenir en el juego o evocar un verso. Los niños nacen con esta predisposición humana hacia las palabras, hacia su poder de representar el mundo, de simplificar y ordenar el caos mezclado de la existencia o de crear y expresar sensaciones, sentimientos y belleza. Cuando a mediados de siglo los psicolingüistas comenzaron a estudiar el desarrollo del lenguaje de los bebés o la

manera como los humanos intentan dar sentido a las cosas, no estaban especialmente preocupados por la literatura. Pero pronto descubrieron que la literatura siempre estaba allí. En los soliloquios de los niños pequeños en la cuna repitiendo ellos solos cadencias y palabras que habían oído, en su insistencia para volver a saltar sobre el regazo al ritmo de una canción o para volver a enumerar de forma personificada los dedos de la mano, en los personajes de ficción que mezclaban en las historias inventadas de sus juegos o en las fórmulas tipificadas, como los inicios o las formas verbales, que utilizaban desde bien pronto para explicarse.

La literatura para niños, tanto si la reciben de forma oral, como escrita, como a través de las grabaciones y audiovisuales, constituye un instrumento culturalizador de primer orden que ninguna cultura se ha dejado perder.

Los niños se familiarizan con muchos elementos del imaginario a través del folclore y las historias que les explican, desde los pequeños personajes, como Garbancito o los enanos, a la existencia ficcional de los anillos mágicos o de los bosques dormidos. Esto les permite compartir un gran número de referentes con su colectividad, entender muchas alusiones culturales de su entorno y experimentar el indudable placer del reconocimiento de estos elementos a lo largo de la lectura de nuevas obras.



Una segunda función de la literatura para niños es que facilita el aprendizaje de los modelos narrativos y poéticos que se utilizan en cada cultura. Sin demasiadas programaciones escolares, métodos específicos o ejercicios sistemáticos, los niños que están inmersos en un medio rico literariamente progresan muy rápidamente en el dominio de las diferentes posibilidades de estructurar una narración o el ritmo de unos versos, en las expectativas de lo que se puede esperar de los diferentes tipos de personajes, en la existencia de reglas propias de géneros narrativos o poéticos determinados, en el abanico de figuras retóricas disponibles, etc. Así, una fábula encadenada o una de acumulativa, un conjuro o una adivinanza, una personificación o un animal humanizado, una metáfora o las posibilidades juguetonas de una polisemia se convertirán en cosas familiares mucho antes de que nadie se haya preocupado de catalogarlas bajo la etiqueta de estos nombres.

Por eso es importante que la experiencia literaria de los niños y niñas sea muy variada, tanto si pensamos en las actividades-juegos de regazo, de corro, narraciones, adivinanzas, etc. - compartidas con ellos, como si prestamos atención a los libros que ponemos a su alcance: libros de imágenes, libros-juego, álbumes, cuentos de diversos tipos, canciones, poemas, fábulas, cuentos de humor, de aventura y un largo etcétera que debería llevarnos a examinar con cuidado los estantes de la librería infantil para saber si ya se encuentran allí.

Una tercera función ejercida por la literatura de niños es la de ampliar el diálogo entre la colectividad y los pequeños para hacerles saber cómo es o cómo se

